

"La Universidad de ayer y del futuro: mi testimonio"

Dr. Alberto C. Taquini hijo

San Luis, 27 de Noviembre de 2018

Agradezco a la Universidad Nacional de San Luis este Doctorado Honoris Causa que me compromete aún más con esta casa, a la que estoy unido desde hace mucho tiempo.

Me comprometo también en la tarea que con mis colaboradores llevamos adelante día a día para la transformación de la educación superior en particular y el sistema educativo argentino en su totalidad, para que acompañen los profundos cambios de época que estamos viviendo.

Agradezco al Señor Rector Doctor Félix Nieto Quintas la propuesta para esta distinción y los atributos que por tal designación me ha entregado.

Agradezco además al Diputado Dr. Marcelo Sosa su presentación y el calor de sus palabras.

Y también agradezco a todos ustedes aquí presentes por acompañarme en este acto en el que les quiero compartir el itinerario que me trajo aquí y repasar ideas nuevas que proponemos mirando al futuro.

Hace 50 años propusimos hacer Nuevas Universidades porque había que crearlas y porque debían ser distintas de las existentes entonces. Con satisfacción veo los logros de esta transformación y la dinámica que ha impuesto en la expansión del sistema universitario.

¿De dónde veníamos al momento de la presentación de nuestro plan?

Desde la creación de la Universidad Nacional de Córdoba en 1630 hasta 1968 se habían creado sólo 8 Universidades Nacionales.

Con nuestro Plan, se crearon entre 1971 y 1973, 13 universidades nacionales distribuidas en el territorio nacional. Entre ellas esta casa y las dos primeras del conurbano bonaerense: Lomas de Zamora y Luján.

No fue fácil. Las universidades nacionales se oponían y el Ministerio de Educación también. La temática no estaba incluida ni en el discurso oficial ni en el debate público y el sector

científico recién daba sus primeros pasos en la vida universitaria.

Pero al tomar estado público el proyecto por la prensa y al haber propiciado la creación de las Comisiones Pro Universidad en los distintos lugares en que habíamos pensado las creaciones, se sumaron numerosos actores.

Ese movimiento instaló en el consenso social la idea de que cualquier ciudad de algo más que de talla mediana debería tener universidad.

La idea, sigue y seguirá por siempre.

El país cuenta con más de 60 universidades nacionales y otras 60 privadas. El proceso de creación se convirtió en parte permanente de todo debate académico, político y sociológico.

Al concretarse las creaciones de las universidades nacionales de Río Cuarto y del Comahue fueron electos sus Rectores Organizadores mis amigos y colaboradores: el Doctor Sadi Ubaldo Rife y el Ingeniero Marcelo Zapiola.

Junto a ellos, otros colaboradores y con el Dr. Enrique Urgoiti delineamos el cuerpo doctrinario del proyecto. Luego elaboramos los planes de factibilidad de muchas universidades. Luis Zanotti, editor de la Colección Educación de Estrada, llamó a nuestro equipo de trabajo el **“Equipo Taquini”** en nuestro primer libro.

Esa forma de trabajar, en equipo y desde múltiples perspectivas, se extendió en los últimos 50 años a los niveles preescolar, primario y medio de la educación, continuando siempre la búsqueda de una Nueva Educación.

Por todo eso, los miembros del equipo de ayer y de hoy son parte indisoluble de las ideas y méritos que han debido ser tenidas en cuenta por el Consejo Superior de esta Universidad para la distinción que hoy se me otorga.

Con los que están y los que no, entre ellos mis maestros, comparto esta distinción.

Dije al comenzar, que **me une a esta casa un largo vínculo**. Antes de presentar el plan de las nuevas universidades ya había trabajado aquí con el Dr. Neme, cuando éramos decanos de la Facultad de Farmacia de nuestras universidades. Nos preocupaba el tema de la formación

y el rol del farmacéutico en virtud de los cambios profundos que ya existían en el área por el desarrollo básico, la industrialización, de la producción de los medicamentos y su comercialización.

Veíamos que el cambio abría horizontes nuevos a la especialidad y transformaba lo personal y telúrico de la alquimia. Pensábamos en la importancia de una formación científica más dura sobre la que se construyera el capital humano de la innovación, para colocar a nuestras facultades en la senda del descubrimiento de nuevos fármacos y procesos. **Criterios estos aplicables a todas las carreras.**

Por entonces aquí conocí al Dr. Plácido Horas a quien recuerdo con su boina y con su palabra pausada. Muchos años después, en la Academia Nacional de Educación, su estilo personal y el rigor analítico de su pensamiento trajo a la Academia el liderazgo de esta casa. Compartimos perspectivas sobre los aspectos formativos aplicados a la difícil tarea de ayudar a que se formen niños y jóvenes autónomos, felices con pensamiento crítico, manejo de la lengua y una sofisticada forma de expresión oral y escrita capaz de comunicar cada interioridad. Todo ello continúa vigente en nuestra tarea en el colegio Belgrano Day.

Después de los primeros pasos de las universidades del plan, en los '80, compartí con el Lic. Alberto Puchmüller, reflexiones sobre el campus universitario. Él aportó al desarrollo de infraestructura que esta casa.

Aquí no termina mi vínculo con los puntanos y **con esta provincia que es un referente singular de la transformación que hoy la Argentina necesita.**

Por la generosidad de su entonces Ministro de Educación, el Dr. Marcelo Sosa, participé como veedor en los concursos de más de doscientas direcciones de preescolar, media y superior. Esto me hizo vivir durante tres años el sistema educativo de la provincia trabajando con sus cuadros técnicos.

A algunos ya los conocía: a la actual Ministra de Educación Dra. Paulina Calderón, la había invitado unos años antes a trabajar con nosotros en la Academia de Educación, trayéndonos la experiencia puntana para la articulación de la educación superior universitaria y no universitaria, reglamentada en la Ley de Educación Superior a través de los Colegios Universitarios por nosotros impulsados.

Por todo esto, al recibir este Doctorado, lo siento como cuando lo recibí en mi querida Universidad de Buenos Aires o en la de Universidad de Córdoba, primera universidad argentina.

Quiero ahora repasar junto a ustedes **parte de la historia que me trajo hasta aquí.**

Tuve la fortuna de nacer en la cuna de la investigación científica de nuestro país con mi padre como mi mejor maestro, discípulo del Dr. Houssay arquetipo de científico universitario y primer Secretario de Estado de Ciencia y Técnica

Houssay, que fue el organizador de la investigación científica sistemática en nuestro país, me enseñó a leer la hora en su reloj a los 3 años y fue testigo de mi casamiento con María Martha hace sesenta años. Crecí con ellos, también con Leloir, Deulofeu, Santaló, Camacho y muchos otros de esa talla.

Todo universitario debe saber que le debemos a Bernardo A. Houssay las bases de la formación y la investigación básica en el área de la biología, que poco a poco se extendió a todas las otras áreas de la biología y la bioquímica. Como formador de científicos, imprimió con su ejemplo y su conducción las exigencias técnicas y éticas que deben acompañar a toda tarea científica, para contribuir al mandato de preservar y transformar la naturaleza y la vida de los hombres para su bienestar y felicidad.

Con Houssay nació de la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencias y luego el CONICET en 1958, el lugar selecto de la investigación científica, en un contexto de profundos cambios sociales.

Había terminado la Segunda Guerra Mundial hacía poco y la Argentina era un país joven, todavía usufructuaba los coletazos del centenario. Había logrado la universalización de la escuela primaria y dando los primeros pasos de la expansión de la escuela media. La mujer había irrumpido masivamente también en la universidad.

Nuestra Universidad hasta entonces no tenía dedicación exclusiva. Los profesores titulares eran designados por el Poder Ejecutivo y en algún momento la afiliación partidaria fue requerida.

Teníamos pocas universidades y un número reducido de cátedras dominadas por las tendencias de sus profesores. La autonomía académica, la diversidad y la integralidad de los conocimientos no estaba presente.

La universidad se transformó por la inclusión que acompañó al ingreso irrestricto y se convirtió en universidad de masas. Las facultades y las cátedras inscribían miles de alumnos en cada materia. En 1959 se crea por primera vez la dedicación exclusiva en la UBA durante

el rectorado del Dr. Risieri Frondizi.

La creación de la carrera del investigador y el régimen de dedicación exclusiva de la UBA tenían como objetivo único profesionalizar y fortalecer la investigación.

Para dar una escala de lo que estoy relatando, lo cuantifico: yo tenía el legajo 17 de la carrera de investigador. Éramos 300 en la carrera en todo el país en todas las disciplinas y recién comenzaban a aparecer los cargos de dedicación exclusiva de la UBA. En la Facultad de Medicina eran menos de 10 los profesores con esa dedicación. La investigación vocacional empezaba a ser lo que es hoy, una nueva profesión.

La masificación de la universidad planteó el dilema: ¿mantengo el laboratorio o atiendo a la enseñanza y ahogo la investigación?

En ese contexto, en mayo de 1968, el Dr. Julio Olivera, a quien me unía una gran amistad y acababa de ser un brillante rector de la UBA, presentó, en un congreso organizado por la Cepal, un trabajo sobre el tamaño óptimo de la universidad concebida como unidad de producción. Allí mismo, yo presenté un proyecto de desarrollo de las ciencias positivas en las universidades de América Latina, en el momento que la ciencia básica empezaba a aplicar en todas las disciplinas los fundamentales conocimientos básicos que nos trajo la generación de Einstein y Bohr.

Por esos días ya estaba comprometido con el decano de la Academia del Plata, el Padre Ismael Quiles SJ -rector de la Universidad del Salvador-, muy cercano a mi casa paterna, a preparar una ponencia sobre la universidad y la ciencia para el encuentro de la Academia de meses después en la Finca Samay Huasi en Chilecito.

En los días siguientes de escuchar a Olivera, racionalicé la conjunción de mis ideas y las suyas, delineando los ejes del relato: la idea de tamaño óptimo de Olivera versus la realidad de universidad sobredimensionada y su conclusión obvia, la división de las universidades. Así propuse la división de la UBA, criterio que aplicó la Universidad de París, convulsionada por ese mayo francés, tres años después.

Indagando en la idea del tamaño, estudié los domicilios de origen de los estudiantes de las Universidades de Córdoba y La Plata. En grandes números, un tercio era de su cercanía, un tercio de una cercanía mediata y un tercio provenía de ciudades lejanas: la migración

interna era parte del fenómeno.

Las ciudades del interior estaban cediendo la cúspide de su educación formal a las ciudades de las universidades grandes. Así, los jóvenes olvidaban el terruño y los que volvían era para ejercer las profesiones liberales. No había posibilidades para los que se interesaban en la ciencia como motor del desarrollo regional.

El diagnóstico se hacía evidente: faltaba capital humano para un desarrollo federal. Con esa idea me proyecté hacia la Argentina toda proponiendo llevar con las Universidades la ciencia, orientándola a las diversas problemáticas productivas regionales.

Las objeciones al Plan nacieron desde el inicio, cuando se presentó en el coloquio de la Academia del Plata en Chilecito, del que hace una semana se cumplieron 50 años. En esa reunión, donde éramos menos de 20 participantes, hubo oposición fundada en criterios académicos y económicos. La oposición se manifestó más fuertemente en las universidades existentes, en el Consejo de Rectores de Universidades Nacionales (CRUN) y en el Ministerio de Educación de la Nación.

Pero la tarea de las comisiones pro universidad que creamos en cada uno de los lugares elegidos y el consenso público emergente de la difusión del proyecto por la prensa, instauró el debate, dinamizó la polémica y forzó la concreción.

Excede en complejidad y tiempo evaluar hoy los **logros de esas creaciones**. Sin embargo, me parece pertinente señalar dos aspectos que hacen a lo troncal del proyecto y evidencian el significado de estas universidades **1) el desarrollo de las ciencias y 2) la inclusión estudiantil**.

Hace unos meses, repasando este itinerario en la Academia Nacional de Educación, el Dr. Mario Albornoz y sus colaboradores presentaron datos de la importancia de las Universidades creadas por nuestro plan en la federalización de la ciencia. Con alegría se puede decir que universidades como San Luis y Río Cuarto, entre otras, están jugando un papel muy importante y diferencial descentralizado territorialmente la producción científica. Al relevamiento de estos datos contribuyó también un hijo de esta casa y compañero de estas luchas, el Dr. José Riccardo hoy presidente de la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de la Nación.

Una anécdota describe el impacto que sobre la inclusión de jóvenes a la universidad. Muchos de ellos, por vivir lejos de las universidades o por no contar en sus familias con referencias a la experiencia universitaria, no concebían la posibilidad de llegar allí. Cuando asistí a la inauguración del campus de la Universidad Provincial de Jujuy en el año 1972 la diputada nacional Dra. Cristina Guzmán me contó emocionada lo que le dijo una lavandera que trabajaba en el lecho del río: “Porque está aquí la universidad, mi hijo estudia. Si no, no lo hubiéramos imaginado”. Años después, la estadística educativa registró la radicalidad de este cambio cultural: el 80 por ciento de los alumnos inscriptos en las universidades creadas por el plan son primera generación de universitarios y sus padres son asalariados en niveles más bajos de la pirámide salarial.

Me alegra repasar con ustedes en esta ocasión esta historia, me hace revivir la cotidianidad de mi vida, pero me desafía mucho más **invitarlos a pensar el futuro. Futuro que es hoy.**

Con el querido Enrique Urgoiti, horas y horas por meses repasamos y resumimos la idea de “nuevas universidades”. Cuando me pregunto qué diríamos hoy con Urgoiti, en un mundo donde la tecnología acorta distancias e impone realidades culturales borrando fronteras y nos llena de incertidumbre al interactuar con ella diría que queremos universidades a la medida de los desafíos del mundo en acelerado cambio.

Pensemos en realidades de hoy: hay en el mundo más teléfonos celulares que habitantes. Se incorporan anualmente más de mil millones más complejos y más potentes. La conectividad se expande y con ello el acceso a la información y el conocimiento que ya está en la nube.

En este escenario, sienten, piensan y actúan hoy los jóvenes en todo el mundo. Los que ingresan ahora a la universidad han nacido en este siglo y muchos de ellos vivirán en los albores del siglo XXII.

Los jóvenes experimentan la transnacionalización desde su cotidianidad: por internet, por Youtube, las redes sociales. Los jóvenes experimentan también las aplicaciones de la inteligencia artificial a través del consumo cultural con plataformas como Netflix que adaptan al comportamiento del usuario el contenido ofrecido.

No estamos lejos de Netflix cuando pensamos en las plataformas educativas que, asociadas a las universidades más prestigiosas del mundo, esfuman el halo de torre de marfil de las universidades, poniendo al alcance de cualquier usuario con conectividad sus cursos, incluso de forma gratuita, y en función del análisis de la huella digital de su comportamiento como estudiantes los aproximan a sus intereses y necesidades.

Con esa experiencia en ciernes, los jóvenes se empiezan a preguntar sobre sus futuros y crecientemente buscan universidades líderes por sus contenidos o valorización cultural sin mirar su ubicación geográfica, mientras puedan complementar sus carreras con recursos informáticos online culturalmente enriquecedores.

Hace más de 20 años que los hombres no le podemos ganar a la computadora al ajedrez. Este año tendremos programas de inteligencia artificial aptos para el autoaprendizaje de la matemática y la lengua para nivel inicial.

Todos los espacios de aprendizaje, formales o no formales, certificados o no, en su apropiación implican capacitación y logros que lleva a la necesidad práctica de la certificación y acreditación.

Con dificultad y pereza, retenida por la inercia, la universidad argentina está entrando lentamente en la educación online. Lograrlo nos pondría en la cresta de la ola de la transformación que propone la educación virtual.

Con la calidad de los servicios que atraen a los alumnos en forma presencial y con la educación virtual podríamos extender mucho nuestras universidades más allá de nuestras fronteras.

Con Juan Carlos Agulla y Marcelo Zapiola en la década del '80, cuando no había internet, propusimos la libreta del estudiante de forma tal de que más allá del analítico, ésta permitiera la movilidad de estudiantes entre universidades. Pero una libreta hoy no alcanza. La libreta se tiene que convertir en un pasaporte que por su uso transnacional habilite la movilidad y de validez a lo aprendido.

Para terminar, quiero traer hoy perspectiva sobre responsabilidad de la Universidad en la formación de la persona que me acompaña desde la presentación del Plan de Nuevas

Universidades. Con Enrique Urgoiti lo denominábamos “Universalización y persona” hoy “Globalización y persona”.

El hombre vive momentos de máxima incertidumbre respecto a su propia existencia y devenir.

Hoy la ciencia y la técnica con la inteligencia artificial nos enfrentan ante los límites estructurales de la persona. Volvemos por fin a hacernos las grandes preguntas de la filosofía. Con Paula Farinati hemos estudiado la enseñanza de la historia de las religiones y la teología en las principales universidades del mundo como un componente importante y subvaluado de la formación filosófica y cultural. Verdad y amor son un definitivo poder en el mundo. Por lo que el estudio del hombre en su integralidad debe ser una temática infaltable para la universidad.

Nicolás Avellaneda, cuando dejó la presidencia de la Nación y asumió el rectorado de la UBA dijo que tomaba la conducción de la “más alta cumbre intelectual de la República.” Eso seguirá siendo así en cuanto las universidades sean capaces de ponerse a tono con las exigencias del tiempo, proyectándose a un devenir incierto con el desafío para el hombre que es escudriñar en su esencia para convivir en un mundo plural y diverso.

Señor Rector, en su persona agradezco a la Universidad haberme otorgado este doctorado y a ustedes aquí presentes que me han acompañado a repasar lo hecho y proyectarlo al futuro, muchas gracias.

Los que me conocen bien saben que este puñado de ideas son la cotidianidad de mi pensamiento y acción.

La Universidad de San Luis me regala una distinción. A la noche, muchas veces -al apagar la luz-, pienso en la satisfacción que deben tener los jóvenes y sus familias que se realizan en la vida de las nuevas universidades. A esos pensamientos indudablemente sumaré este momento que hemos compartido hoy.

Gracias, muchas gracias por este encuentro.